

La Voz de Guipúzcoa

Viernes 10 de Enero de 1922

Diario Republicano

San Sebastián.-Año XXXVIII.-Núm. 12.878

El problema de Tánger

La conquista de un derecho

La vieja cuestión de Tánger ha resultado. Nuevamente se plantea el problema que nunca tuvo solución satisfactoria para las potencias que luchan, reurriendo a toda clase de armas, para conquistar un derecho. Tánger, la «Tráflucta Julia» del romano emperador Claudio, parece condenada a ser eterna fuente de discordias, suscitadas siempre por quienes se fabricaron un falso derecho basado en soñismas.

Ha llegado la hora de que desaparezcan los equívocos, de que las potencias interesadas en este grave problema, busquen la solución, pero dejando a un lado los subterfugios empleados en otras ocasiones y procediendo con la lealtad y la buena voluntad necesarias para llegar al fin deseado.

Una vez más ha comenzado la lucha por la conquista del derecho y tengan en cuenta los españoles que en la cuestión de Tánger no se ventila, solamente, la posesión de unos kilómetros más de terreno marroquí, sino de la defensa de un derecho que se apoya en hechos históricos, en poderosas razones de defensa de sus territorios nacionales y en la Justicia, a la que se ha apelado tantas veces en estos últimos años.

Un ex diputado español ha hecho recientemente unas aventuradas declaraciones afirmando que Tánger pertenece a Francia en virtud del Tratado de Versalles. Posible es; mas nos permitimos dudar de que exista ninguna cláusula secreta en ese Tratado, concediendo a la vecina República la posesión de esa plaza africana, llave del Estrecho de Gibraltar.

En la redacción del Tratado de Versalles intervino la Gran Bretaña, y este dato es suficiente para comprender la equivocación sufrida por el ex diputado español. Si mucho interesa a España la posesión de Tánger, más, mucho más interés a Inglaterra el que nadie, a no ser España, se instale en aquel puerto estratégico, desde el cual no sería muy difícil destruir una poderosísima escuadra que intentase aproximarse al Estrecho.

No; en el Tratado de Versalles no puede existir esa cláusula secreta, a la cual hubiese recurrido Francia para defender su derecho en el asunto de la almadraza, y para arrojar de Tánger a los españoles ávidos que se han manifestado contra los representantes franceses, que, olvidándose del carácter internacional de la ciudad del Mogreb, han intentado repetidas veces, arrogarse la Autoridad suprema, como si aquello fuese una colonia más.

El desastre sufrido por España en 1898 hizo desaparecer el espíritu del pueblo. Todos nos convertimos en fatalistas y abandonamos nuestra suerte al Destino, que tan implacable se mostró con nuestra patria. Desde entonces, el pueblo español ha permanecido alejado de toda cuestión internacional, dejando hacer a sus desacreditados gobernantes, los cuales no supieron o no pudieron defender debidamente los intereses que les fueron encomendados.

La Conferencia de Algeciras fué un fracaso para España porque sus delegados no completaron la obra; el espejismo de una nueva colonia que sustituyese a las

perdidas seis años antes les engañó y no tardaron mucho tiempo en producirse los acontecimientos que provocan hoy la actitud de la Gran Bretaña.

La característica falta de valor en nuestros políticos y en nuestros diplomáticos fué causa de que no se alzase una sola voz para hacer comprender el derecho que asiste a España sobre Tánger, piedra angular de nuestra zona de influencia en Marruecos.

Aceptado el compromiso internacional, quedó Tánger rodeado por la zona de influencia española, que más tarde había de ser regada con sangre generosa de nuestros soldados y donde habían de enterrarse los millones de España, necesarios para reconstruir su hacienda nacional. Se aceptó el sacrificio innecesario, el derecho supérfluo para ejercer una acción de protectora civilización en un pueblo salvaje que jamás se someterá a nuestra civilización y abandonamos el terreno del derecho sobre Tánger, única compensación al sacrificio impuesto.

En cambio, al cabo de cierto tiempo, después de decretada la internacionalización de Tánger, Francia reclama su posesión, o cuando menos su supremacía, la cual ha llegado a ejercerla estableciendo una especie de control humillante para quienes han guardado siempre una prudencia mal interpretada.

España no se había enterado de que a ella correspondía, hace más de veinte

VIBRACIONES

¡ARTE!...

Un grupo de donostiaras prestigiosos ha tenido la feliz iniciativa de fundar una Sociedad que se titulará «Música di Cámara» y que se encargará de organizar en San Sebastián interesantes reuniones musicales.

Somos fieles devotos de la música de cámara —la más finamente emotiva, la más selecta, la más íntima, la más verdadera— y no hemos de vacilar en tributar un aplauso entusiasta a ese grupo fundador por su proyecto de futura labor espiritual.

Todo cuanto se haga por remover un poco las dormidas inquietudes intelectuales de San Sebastián, merecerá el aplauso jubiloso de los que un día y otro día nos afanamos por aportar un granito de arena, bien humilde, a la obra de despertar y agitar esas inquietudes.

Porque seamos sinceros. Convengamos en que San Sebastián no se interesa mucho por las altas manifestaciones artísticas y culturales. Preguntádselo al maestro Baroja, que es el hombre que nos ha dicho las más crudas verdades, y tiene el honor de ser —no obstante su formidable labor literaria—, menos conocido en su pueblo que cualquier futbolista a la moda.

—Es que estamos en el siglo del deporte —nos decía días pasados un amigo ante el cual nos lamentábamos de lo mismo—. Ya ha visto usted que los mismos periódicos parisinos, en la Francia esportiva, han dedicado menos atención al tricentenario de Molière que al match Dempsey-Carpentier... Es que estamos en el siglo del deporte.

ños, cuando Tánger pertenecía todavía al Mogreb, la supremacía en los progresos y mejoras realizadas. Por aquella época, la Misión Católica consiguió construir tres iglesias, una escuela, un hospital y la barriada de San Francisco; el marqués de Comillas concedió a Tánger una perfecta instalación eléctrica para alumbrado público y particular; otra empresa española instaló el teléfono y una Compañía marítima española fomentó las relaciones comerciales entre España y Tánger, donde se reunió en poco tiempo una población de más de siete mil españoles para trabajar.

Francia, por su parte, ha tenido siempre en cuenta que Tánger «podría considerarse como el punto más fuerte y temible del Estrecho, si no se hallase en manos de gentes tan ignorantes y fanáticas que desconocen hasta sus propios intereses». Esta es la clave de su actitud en el asunto de Tánger.

Los ministros españoles señores González Hontoria y Cambó han sido designados para representar a España en la Conferencia de Génova. Ellos han de luchar duramente para conquistar el derecho de España sobre Tánger; habrán de reñir grandes batallas para desbaratar las maniobras de quienes siempre se han mostrado intransigentes en su deseo de establecer una fuerte atalaya en el paso del Mediterráneo.

Ha llegado la hora de que España se defienda; ha llegado el momento de hacerse pagar el oro enterrado y la sangre vertida en los barrancos y en los pelados montes de Marruecos. Es preciso que España se oponga a que Tánger se convierta en otro Gibraltar. Si hemos de continuar en Marruecos debe ser con Tánger.

DAVID CASARES

Esto podrá ser verdad, pero es bien triste. No es que detestemos al deporte que tonifica y fortalece a la raza, pero es que no acertamos a explicarnos por qué ha de ser imposible alternar los torneos del ingenio con los torneos deportivos, como se hacía en la antigüedad. No podemos explicarnos por qué de las antiguas olimpiadas —que Francia quiere celebrar ahora con toda su integridad histórica— se han eliminado los ejercicios culturales y se han dejado solamente los ejercicios físicos.

Hay más atletas que hombres de espíritu Hay más sociedades organizadoras de comilonas y partidos de fútbol —partidos con el atractivo morboso de una posible algarada con guardia civil y todo— que sociedades organizadoras de festivales de arte.

Por ello, merece un aplauso ese grupo iniciador de la entidad «Música di cámara».

Pero es lástima que al lado de ese grupo, no se constituyan otros fervorosos grupos de artistas de todos los géneros.

Los músicos, al fin y al cabo, son los que menos necesitan en San Sebastián fomentar su arte. Si por alguna modalidad artística se interesa con cierta pasión San Sebastián, es por la música. Existen un Orfeón y una Filarmónica que reúnen a los artistas y les permiten realizar una labor brillante secundada por el público. Existe un Gran Casino, que es un concurrido y suntuoso palacio de la Música...

Pero ¿y la pintura? ¿y la escultura? ¿y la literatura?... Los pintores y los escultores y los «amateurs» literarios andan desperdigados por ahí, desunidos, sin estímulo, abrumados por la indiferencia de las gentes. A las exposiciones de pin-

tura y escultura —ved el caso de la última exposición provincial— no va nadie; no se vende un cuadro. En las librerías —preguntádselo a los desconsolados libreros— no se vende ni un libro moderno, interesante, como no sea algún novelón de aventuras o alguna porquería de erotismo chabacano...

La música es el arte más favorecido. El músico puede revelar su talento en un concierto —al que acude el público seguramente— y ganar dinero encima. El pintor y el escultor y el literato tienen que gastar sus escasos dineros en colgar sus cuadros o colocar sus esculturas en una exposición —a la que no va nadie— y en publicar sus libros, que nadie lee porque son de un escritor novel.

Es que hay, indudablemente, menos cultura literaria y pictórica que musical en la generalidad del público. Observad que el público escucha con atención y aplaude las complicadas armonías ravelistas y se burla en cambio cuando nuestro Echeverribar le ofrece uno de sus audaces cromatismos, que al fin y al cabo, no son más audaces que la música de Ravel. ¡Y no decimos nada si en vez de los cuadros de Echeverribar, ofrecemos al público unos modernos versos a lo Gendras o unas modernas prosas a lo Barbussa!

Nos place, pues, la fundación de la nueva entidad musical. Pero quisiéramos ver brotar a su lado otros grupos de artistas inquietos y actuales, que, todos unidos, formasen una inmensa y agitada «Casa del Arte» en medio de nuestros hoteles y nuestras fondas...

EMILIO PISON.

El nuevo Gobierno francés

París, 19.

LA DECLARACION MINISTERIAL

París.—En el Consejo de ministros que se ha celebrado esta mañana en el Eliseo, bajo la presidencia de Millerand, Poincaré ha dado lectura a la declaración ministerial que ha de leerse en las Cámaras, siendo aprobada.

La declaración ministerial consta de dos partes: una referente a la política interior y la otra a la política extranjera.

En la primera dice el documento que el Gobierno no desconoce las dificultades de la misión que ha asumido; pero que, para el desempeño de ella, espera contar con la confianza del Parlamento.

Pone de manifiesto que las Cámaras han realizado ya un leal é importante esfuerzo volando en tiempo oportuno el Presupuesto de 1922.

El parlamento habrá de realizar importante labor, entre la cual figura un proyecto armonizando la ley de la defensa nacional con la reducción del tiempo de servicio militar, además de varios proyectos de solidaridad social.

La segunda parte está redactada en forma tan vigorosa como concisa. Afirma que el Gobierno se preocupa de mantener y afianzar las alianzas de Francia, y expresa su deseo de apoyarse en el Tratado de Versalles.

Al tratar de la cuestión que ocupa lugar preferente hoy, ó sea la de la Conferencia de Génova, dice que el Gobierno opina, según lo ha declarado ya Poincaré, que Francia debe exigir garantías previas por parte de los Soviets.

En lo que afecta a Alemania, dice: «Alemania, que ha firmado el Tratado de Versalles, es preciso que por fin se decida a cumplir sus compromisos y reparar las ruinas que ha causado».